

# LIBROS

## CARTA ABIERTA A CARLOS FUENTES A PROPOSITO DE SU PRIMERA NOVELA \*

Ante todo, una palinodia. Muy sincera y muy satisfecha, por cierto. Algunos fragmentos de tu libro, publicados aisladamente, me habían desconcertado. No sólo me provocaban dudas; también disgustó. Acaso más: rechazo. Ciertos pasajes aparecidos en *Novedades* (situaciones de la "carrera" de Norma Larragoiti; "escenas" en Acapulco) consiguieron que mi fe en ti se tambaleara. Llegué a añorar los cuentos primerizos de *Los días enmascarados*. Testigos hay de todo lo que dije para desfogar lo que se iba convirtiendo en franca desilusión. Al leer por fin tu libro —me pesa que la falta de tiempo me haya sujetado a una sola lectura demasiado rápida—, veo, compruebo, que me había equivocado. Y me alegro. Pero quizá tuviste un poco la culpa de mi impresión inicial: es peligroso desmembrar una novela (¿por afán de publicación?). Dejemos, sin embargo, ese "pecado" contra ti mismo. Como te digo, lo que importa ahora es *ver, comprobar*, que lo que parecía superficial y mal compuesto, *tiene* un valor y un lugar precisos en el cuerpo de la obra.

Y vamos a lo que te interesa. No pienso entrar en el análisis del tema escogido. Tú sabes más de él que yo. Sólo me ocuparé de la novela como tal y del modo estructural y expresivo que has utilizado. Creo que, en general, la obra está bien trabada, que los personajes "funcionan" por sí. Aun esos misteriosos Ixca y Teódula, tras cuya calidad aparente de seres humanos se advierte algo muy especial: supervivencia de algo remoto, presente y olvidado que pugna por abrirse paso. Siendo ambos personajes casi fantásticos, son, sin embargo, el hilo de Ariadna que toma la figura del laberinto para desatarlo. Y ambos son, también, los personajes más tuyos.

No me satisface tanto, en cambio, el procedimiento reiterativo con el que desnudas historias y conciencias. Hacia la mitad del libro ya sabemos qué va a ocurrir cuando Ixca Cienfuegos se presenta ante un personaje o golpea a su puerta: un diálogo o un monólogo entrecortado, exterior, y un largo monólogo interior. Tampoco me convencen demasiado, por su estrecha semejanza y su proximidad excesiva, las dos últimas páginas de "Rodrigo Pola [1954]" y todo el capítulo final. Quizá la larga enumeración divergente y un poco —e intencionadamente— caótica de "La región más transparente del aire" bastaba por sí sola, única y sola, para producir el efecto buscado sin necesidad de ese "prologuillo" formal de las dos páginas anteriores.

Y algunas observaciones al estilo. Te afanas demasiado por lograr imágenes. A veces aciertas, y el pasaje donde aparecen se fortalece con ellas; otras, son francamente innecesarias; en otras, por fin, se te va la mano. Vaya un ejemplo de

estas últimas. Rodrigo Robles está contando a Ixca su pasado de revolucionario y en un momento le dice: "Las piernas, como que se vuelven *tensas de corcel*" (p. 100). ¿No te parece que en semejante contexto ni la amígen ni la palabra *corcel* eran las más convenientes? Como Machado y como Cervantes, creo que la llaneza de expresión —la llaneza bien entendida— es la fuente verdadera de la belleza vigorosa.

Fuera de las imágenes, tienen también ciertas inseguridades de lenguaje. *Inseguridades*, que no audacias. ¡Cuidado con las correlaciones de tiempos! ¡Cuidado, sobre todo, si en determinados momentos pretendes hablar en español y no en dialecto! Además, cuando se pretende copiar el habla de otros, hay que andarse con pies de plomo. Has vivido algunos años en Buenos Aires y yo, más de treinta. Estoy segura de que ni tú ni yo hemos oído jamás construcciones en que la palabra *ché* (casi pronombre ya) se utilice para dirigirse a una persona plural: "Ché, qué gran laguna en sus culturas" (p. 38). A un argentino la tal oración sólo le producirá un convulsivo ataque de risa (el mismo que le provocan los "gauchos" a la norteamericana) y un juicio poco piadoso que podría reducirse a: "¿Para qué se mete en esas honduras?". Si para trazar tu novela has recurrido con frecuencia al documento que te ofrecía la realidad, ¿por qué no recurrir también al refrescamiento de ciertos recuerdos lingüísticos? Pero si te proponías incorporar libremente expresiones de otros países —no sé si el *bochincheros* ("revoltosos") de la p. 401 tiene esa intención, pues parece que en algunas regiones de México se ha usado con ese sentido—, la cosa debió ser más explícita. No creo que hayas buscado algo parecido a la lengua que Valle-Inclán utilizó en *Tirano Banderas*.

De vez en cuando, como pausas a la dureza o al sarcasmo con que trazas tus cuadros, hay situaciones y pasajes *casi* tiernos. Cuidado, también. Esa ternura o esa emoción estuvieron muy cerca del despenadero. No se precipitaron, es verdad; pero poco les faltó. Bien sabes que la sensibilidad es uno de los grandes escollos con que tropiezan los escritores de Hispanoamérica.

Nada más encuentro a través de una lectura que, repito, fue apresurada. Quizás la relectura me depare alguno que otro hallazgo que te interese. Fuera, pues, de lo señalado, tu novela me parece buena.

Siquiera es una novela, no un guión cinematográfico. Y sobrepasará cómodamente las fronteras de México para ocupar un sitio destacado en todos los países de habla española. Pero aún puedes dar más. Que ese *más* se cumpla; que no se quede en anuncio y en promesa. Con esto acaban mis elogios. Otros te echarán el in-cienso. Ojalá no te maree. Ojalá adviertas que los prosternados ante la nueva deidad literaria suelen ocultar una sonrisa socarrona contra el suelo.

E. S. SPERATTI PIÑERO

DOMINGO F. SARMIENTO, *Facundo*. Nuestros Clásicos. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1957. 283 pp.

A Emma Susana Speratti Piñero se le ha encomendado la presentación de Domingo F. Sarmiento. El prólogo nos anticipa de manera feliz el goce de *Facundo*.

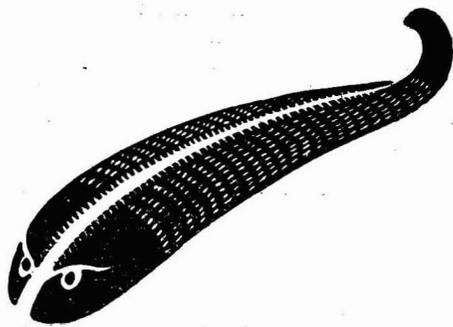
Sarmiento (1811-1888) fue desterrado por la tiranía de Rosas a Chile. Allí escribió varios libros contra el tirano, entre ellos se encuentra *Facundo*, alto ejemplo de cómo el escritor puede estar al servicio de una causa sin perder la categoría artística.

Sarmiento llegó a ocupar elevados cargos públicos; pero su actividad literaria no se vio opacada completamente por la política.

Los estudios sociológicos, las descripciones de la época, los puntos de vista y los ideales del autor, son los elementos que forman el interesante cuadro histórico en el que campea el gaucho malo Facundo Quiroga, prototipo del caudillo bárbaro de los llanos argentinos. *Facundo* (1845), singular biografía, no se ajusta a los límites del género. Es difícil que una novela posea un personaje tan novelesco, y la realidad un hombre más vivido.

Sarmiento supo usar la anécdota, en sí de tan dudoso valor histórico, con sabiduría; aprovechó la fuerza dramática que encierra la tradición para explicar y convencer. *Facundo* no constituye un drama sentimental, en él no hay sitio para lo superfluo, es una tragedia de tipo shakespeariano en la que están en juego los valores de la civilización. Muestra la lucha sin cuartel de la barbarie contra la cultura, del llano contra la ciudad, de la tiranía contra la democracia. Pero Sarmiento no nos cansa con descripciones de horrores, como artista conoce los límites del arte. Las corrientes de sangre se evaporan, en su lugar aparecen los inmensos ríos americanos (grandes escritores sintieron la misma pasión por el agua: Melville, Conrad), por los cuales debe remontar la cultura europea que vencerá el desierto. Dondequiera que brota la violencia hay salvajismo, y donde reina éste la selva vuelve a reclamar sus derechos: a los pocos años de gobernar Facundo desaparecieron los campos de pastoreo y el tigre regresó a sus antiguos dominios. Esta biografía, salvo algunos aspectos secundarios, no ha perdido vigencia; los tiranos se encargan de dársela. Aun cuando no peligrara la democracia, esta leyenda de horrores por el solo mérito literario sería digna de tomarse en cuenta. Han acusado al clásico argentino, como a otros grandes escritores, de retórico y precipitado. Cargos innegables, y a pesar de ellos *Facundo* logra la eficacia, cualidad máxima de la literatura.

C. V.



\* Carlos Fuentes, *La región más transparente*. Fondo de Cultura Económica. México, 1958, (Letras Mexicanas, 38).